

CARTA XXIII.

Diciembre 20.

Razones del poder y de la elevada mision de la señal de la cruz.—Dogma fundamental.—Lo que pasa en el orden público, imagen de lo que tiene lugar en el orden moral.—La reforma, hija primogénita del renacimiento del paganismo, derriba todas las cruces.—La revolucion francesa, hija segunda del paganismo, imita á su hermana.—Segunda obligacion; hacer frecuentemente la señal de la cruz.—Razones tomadas del estado actual.—Tercera obligacion; hacer bien la señal de la cruz: condicion.—La señal de la cruz, señal eterna de victoria.—Constantino.—Alabanzas de la señal de la cruz.

No olvides, mi querido Federico, que sacamos las consecuencias prácticas del juicio rendido entre nosotros y nuestros abuelos. La primera es que debemos hacer resueltamente la señal de la cruz.

Aunque la decision inapelable del tribunal basta

para determinar nuestra conducta, he querido, para hacerla mas respetable, mostrarte la vergüenza, los peligros, y las desgracias que serian la consecuencia de un trastorno teórico ó práctico. Han hablado los hechos. Has visto ya la señal de la béstia, grabada en las frentes, en los labios, en los corazones, en los alimentos no santificados por la señal divina. De dónde viene esto? He prometido decírtelo.

Que la señal de la béstia sea inevitablemente marcada en todo hombre y en toda cosa que no proteja la señal libertadora del hombre y del mundo, no puede ser ni podria ser nunca de otra manera. Para el hombre no hay más que un preservativo del demonio, así como para el mundo no hay mas que un para rayo: la señal de la cruz. En donde ésta no está, Satanás es el amo.

Este hecho tiende, como lo hemos repetido muchas veces, al dogma mas profundo y mas incontestable de la humanidad: *la servidumbre del hombre y del mundo al Espíritu del mal, desde la caída original*. Para hacer todavía mas palpable lo que he dicho de la elevada mision de la señal de

la cruz, deja que te recuerde algunos hechos históricos muy poco notables.

Lo que pasa en el órden político no es mas que un reflejo de lo que pasa en el órden moral. Cuando una dinastía está en el trono, cuida de enarbolarse por todas partes su estandarte y de grabar sus escudos. Esta es la señal de su dominio.

Se le derriba? El primer acto del vencedor es hacer desaparecer los emblemas de la dinastía vencida, reemplazándolos con los suyos. Así se anuncia á los ojos de los pueblos la inauguracion del nuevo reinado. Cuántas veces desde hace setenta años no hemos visto en Francia y en otros lugares este cambio de colores y escudos!

Al venir á tomar posesion de su reino, el Verbo encarnado encontró á Satanás como rey y Dios del mundo. Las estátuas, los trofeos, los escudos, el blason del usurpador lucian por todas partes. Vencido, desaparecieron todas esas señales de dominio. En su lugar brilló el blason del vencedor: la cruz.

Cuando por sus crímenes, una alma, ó un pueblo es abandonado de nuevo á Satanás y este toma posesion de él, el primér acto del usurpador es ha-

cerle desaparecer la señal de la cruz. Entonces y solo entonces es cuando no teniendo ya por qué temer á esta señal formidable, obra en completa libertad.

Vuelve á leer una página de la historia de tu país. Qué espectáculo te presenta la Alemania, durante el período de 1520 á 1530? Desde el Rhin hasta el Danubio todas las cruces que despues de la victoria del cristianismo sobre la idolatría escandinava dominaron las montañas y las colinas, adornaban los caminos, esmaltaban los campos, coronaban las techumbres de las casas, brillaban en las cúpulas de las iglesias, decoraban las habitaciones del rico ó consolaban la cabaña del pobre, fueron derribadas, despedazadas, tiradas al viento ó arrastradas en el fango en medio de las vociferaciones de un pueblo delirante.

Qué anunciaba el huracan destructor? La llegada del vencedor y el restablecimiento de su reinado. Desde ese momento domina en Alemania el Espíritu de las tinieblas. Impera allí como en el antiguo mundo, por el despotismo, por la voluptuosidad, por la crueldad, por el latrocinio, por la

confusion de lo justo con lo injusto, por la anarquía intelectual, bajo todos los nombres y bajo todas las formas.

El mismo espectáculo tiene lugar en Prusia, en Sajonia, en Holanda, en Dinamarca, en Suecia, en Noruega, en Inglaterra, en Suiza y en todas las regiones en donde el usurpador reemplaza al rey legitimo.

Es tanto mas significativo este hecho, cuanto que no está aislado en la historia. Vésen producir todas las veces que Satanás toma posesion de un país. Particular ó general, lento ó rápido, da el caracter de la victoria infernal y mide la estension de ella. En 1830 hemos contado por centenares solamente las cruces derribadas: 1830 fue un aborto del 93.

En esta última época, época de triunfo completo para el paganismo, sucedió de distinta manera. Contáronse por millares las cruces derribadas y destruidas en el suelo de la Francia. En aquel tiempo de lúgubre, pero de instructiva memoria, hubo un dia nefacto entre todos.

El 10 de Agosto de 1792, vió desplomarse en la sangre el trono y el altar á los golpes de hordas fa-

natizadas. Las matanzas de los carmelitas y de San Fermin, la proclamacion de la República, el asesinato de Luis XVI, las hecatombes del Terror, las inmundicias del Directorio, las apostasias, los sacrilegios, las diosas de la Razon, no fueron mas que las consecuencias de aquella lamentable jornada. Ella marcará eternamente la hora precisa en que Satanás hizo su entrada triunfante en el reino cristianísimo.

“Pues bien en este momento, escribe un historiador de aquella época, se descarga sobre Paris una tempestad sin ejemplo. Un calor pesado y mortífero habia sofocado todo el dia la respiracion. Hacia el anochecer espesas nubes jaspeadas de tintes siniestros, habian como tragado al sol en un océano suspendido.

“A eso de las diez, la electricidad se descargó por millares de relámpagos, semejantes á palpitaciones luminosas del cielo. Los vientos, aprisionados detrás de aquella cortina de nubes se desencadenaron con el mugido de las regiones aéreas pandeando las mieses, quebrando las ramas de los árboles, llevándose los techos. La lluvia y el granizo

resonaron sobre el suelo, como si la tierra hubiera sido apedreada desde arriba. Cerráronse las casas. Las calles y los caminos quedaron desiertos en un instante.

“El rayo, que no dejó de estallar y de ofender durante ocho horas consecutivas, mató á un gran número de esos hombres y de esas mujeres que llegan por la noche á abastecer Paris. Fueron encontrados centinelas muertos por el rayo en los escombros de sus garitones. Rejas de hierro torcidas por el viento y por las centellas fueron arrancadas de los muros en donde estaban adheridas por sus goznes, y llevadas á increíbles distancias.

“Las dos bóvedas naturales que se levantan hasta arriba del horizonte del campo de Paris, Montmartre y el monte Valeriano, trasegaron en mayor superficie el fluido amontonado en las nubes que las envolvian. El rayo, clavándose de preferencia en todos los monumentos aislados y coronados de hierro *derribó todas las cruces* que se levantaban en el campo, en las enrucijadas y caminos, desde la llanura de Issy y los bosques de San German y de Versailles, hasta la cruz del puente de Charenton.

“Al día siguiente, los brazos de esas cruces cubrían por todas partes el suelo *como si un ejército invisible hubiera tirado á su paso todas las señales repudiadas del culto cristiano.*”

De la misma manera que no hay saltos en la naturaleza, no hay casualidades en el orden moral. Por lo mismo, los hechos que acabo de recordar tienen una significación. Ahora bien, las circunstancias que los han acompañado y seguido, prueban hasta la evidencia la razón de ser de la señal de la cruz en un país ó su razón de no ser.

Prueban también á las naciones, á las provincias, á las ciudades, á los campos, á los hombres cualesquiera que sean, cuanto les importa conservar, multiplicar, honrar á la señal protectora de toda la creación.

Hacer la señal de la cruz frecuentemente, es la segunda consecuencia práctica del fallo dado. Y por qué no habíamos de hacerla? Por qué cada uno en lo que le concierne no había de volver á la práctica de nuestros padres? Ellos no se creían en seguridad ni por un instante ni en las acciones más ordinarias de la vida si no estaban protegidos por la señal salvadora.

Somos nosotros más fuertes que ellos? Nuestras tentaciones son menos numerosas ó menos ardientes, nuestros peligros menos urgentes, nuestras obligaciones menos grandes? Cada vez que nuestros padres salían de sus moradas, sus ojos eran ofendidos por la vista de estatuas, de pinturas de objetos obscenos, de usos y de fiestas en las que el Espíritu del mal brillaba siempre.

Qué discursos, qué conversaciones, qué cantos lastimaban sus castos oídos? Bajo todas las formas más seductoras, el sensualismo y el materialismo de las ideas y de las costumbres públicas y privadas, existía una conspiración permanente contra el sobrenaturalismo de su vida, contra su espíritu de mortificación, de sencillez, de pobreza, de desinterés.

Además, tenían que defender su fé contra los sarcasmos, los desprecios y los sofismas de la plebe y de la filosofía pagana. Tenían que responder de ella delante de los jueces y certificarla en los anfiteatros. Cuál era su secreto para salvarse de tantos peligros? La señal de la cruz, siempre la señal de la cruz.

Y nosotros, católicos del siglo XIX, cuál es nuestra condición? No se ha convertido en pagano todo ó casi todo lo que nos rodea? Podrá encontrarse una palabra del Evangelio en la mayor parte de los hombres y de las cosas? No están las ciudades de Europa como los de la antigüedad inundadas de estatuas, de cuadros, de grabados, de objetos capaces de encender en las almas mas frias los fuegos impuros de la concupiscencia?

Qué hierre á nuestros oidos en las calles, en los salones, en las lecturas cotidianas? Qué falta al mundo actual para ser completamente pagano en su lujo de mesa, de menaje, de habitación, de vestidos y de placeres? La esclavitud y la riqueza. Los instintos son los mismos que en la época de los Césares!

No es una red constante tal espectáculo?—Infeliz del que no lo advierta!—Infeliz sobre todo de quien no velara de día y de noche por su corazón y por sus sentidos! Si difícil es morigerar nuestras costumbres, mayor combate tenemos que sostener para resguardar nuestra fé!

No vivimos en una época en que las ideas falsas,

las mentiras, los sofismas, circulan en la sociedad tan numerosos como los átomos en el aire? Por donde quiera están los anfiteatros, en donde debemos combatir por la Iglesia, por nuestras creencias, por nuestras tradiciones, por nuestros usos, por el sobrenaturalismo cristiano. Nunca está cerrada la arena; no ha acabado todavía un combate, cuando vuelve á comenzar otro.

Colocados en las mismas condiciones que nosotros, no conocieron los primeros cristianos mas que una arma victoriosa, una arma universal, familiar á todos y de la que hacian continuo uso: la señal de la cruz. Tenemos nosotros otra arma mejor?

Ah! Si alguna vez es necesario hacer con frecuencia la señal protectora, en nosotros y en las criaturas, es hoy. Quién nos impide imitar á nuestros abuelos? Qué puede tener de incompatible con nuestras ocupaciones la señal de la cruz hecha en el corazón ó á la manera antigua en la frente con el pulgar ó en la boca con el pulgar y el índice? Si somos vencidos, de quién será la culpa? *Perditio tua ex te, Israel!*

Hacer bien la señal de la cruz es la tercera apli-

cacion de la sentencia pronunciada. Cuando nuestra mano hace la señal adorable, deben acompañarla la regularidad, el respeto, la atención, la confianza y la devoción.

La regularidad quiere que la señal de la cruz, en su forma perfecta, se haga siguiendo la ley tradicional; es decir con la mano derecha y no con la mano izquierda, llevando lentamente la mano de la frente al pecho del pecho al hombro izquierdo y después al derecho, pronunciando el nombre de las tres personas de la augusta Trinidad (1). Nada de todo esto es arbitrario.

Así sería como los cristianos de los tiempos apostólicos, hicieran la señal de la cruz si salieran de sus tumbas. Oigamos á un testigo ocular. "Hagamos con la mano derecha la señal de la cruz en los catecúmenos, dice San Justino, porque la mano derecha es reputada como mas noble que la izquierda, aunque eso difiera de esta mas que por su posición y no por su naturaleza; por eso oramos vuel-

1. Nominato spiritu sancto, dum ab uno ad alterum latus fit transversis.—Navarr., comment de Orat. et Hbris canon., c. XIX, n. 200.

tos hácia el Oriente que es considerado como la parte mas noble de la creación. De quién ha recibido la Iglesia esta manera de orar? De aquellos mismos que la han enseñado á orar, los apóstoles." (1)

Acerca de la nobleza de la mano derecha, tenemos un curioso pasaje de San Agustín: "No reprendéis dice á aquel que quiere comer con la mano izquierda? Si considerais como que hace injuria á vuestra mesa el convidado que come con la mano izquierda, por qué no ha de tenerse como injuria para la mesa divina el que se haga con la mano izquierda lo que debe ser hecho con la mano derecha, y con la mano derecha lo que debe ser hecho con la mano izquierda." (2)

1. Quemadmodum dextera manu in nomine Christi eos, qui crucis signo obsignandi sunt, obsignamus, propterea quod dextera manus praestantitur censetur quam sinistra; quamquam situ, non natura, ab ea differat: sic Oriens ut quae pars sit in natura praestantior, ad Dei venerationem cultumque secreta est. . . . a quibus autem Ecclesiae peccandi morem accepta ab iis etiam ubi precandum sit accepit, id est ab apostolis.—Quaest. XVIII.

2. Nonne corripis eum qui de sinistra voluerit manducare? Si mensae tuae injuriam putas fieri, manducate conviva de sinistra; quomodo non fit injuria mensae

San Gregorio agrega: "Tal es la manera de hablar entre los hombres: 'Llamamos noble y precioso lo que está á la derecha, menos precioso y menos noble lo que está á la izquierda (1).'"

En cuanto á las palabras que acompañan el movimiento de la mano, son tambien de tradicion apostólica. "En todo lo que encontréis, dice San Efren, haced la señal de la cruz en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." (2)

Y Tertuliano: "La fé está sellada en el Padre, y en el Hijo y en el Espíritu Santo." (3)

Y San Alejandro, soldado y mártir bajo Maximiano, viéndose condenado á muerte, vuélvese hácia el Oriente, hace tres veces la señal de la cruz en todo su cuerpo, y dice: "Gloria á vos, Dios de

Dei, si quod dextrum est, sinistrum feceris; et quod sinistrum est, dextrum feceris?—In psalm. CXXXVI.

1. Ipso enim locutionis usu, pro dextro habere dicimur quod pro magno pensamus; pro sinistro vero quod despiciamus.—Moral., lib. XX, c. XVIII.

2. Quaecumque pretransis, signa primum in nomini Patris, et Filii et Spiritu Sancti.—De panoplia.

3. Fides obsignata in Patre, et Filio, et Spiritu Sancto.—De Baptism. c. VI.

nuestros mayores, Padre, Hijo y Espíritu Santo." (1)

Antes, la forma que acabo de describir era menos usada entre los primeros cristianos que entre nosotros. Su manera ordinaria era hacer la señal de la cruz con el pulgar en la frente: *Frontem crucis signaculo terimus*. Esto consistía en el temor de descubrirse y en la incesante repetición de la adorable señal. Así es todavía la señal de la cruz, con mas frecuencia en España y en otros varios países.

Por qué en la frente mas bien que en el corazón? En esto, querido Federico, lo mismo que en todo lo que es antiguo, se encierran grandes misterios. Sé cinco de ellos.

El primero, el honor del divino Crucificado: "No

1. Totum corpus cruce ter signavit et ad Orientem versus: Gloria, inquit, tibi sid Deus Patrum nostrorum, Pater et Filius et Spiritus.—Apud Sur. 13 de Mayo.

Cítanse dos maneras de mantener la mano haciendo la señal de la cruz. La primera consiste en estender los tres primeros dedos, cerrando los otros dos. Esta manera, que esplica distintamente el misterio de la Santísima Trinidad, era muy usado todavía en el siglo XIII. La segunda consiste en estender los cinco dedos de la mano. Recuerda las cinco llagas de Nuestro Señor. Hoy está en uso solo en la iglesia de Occidente.